

vuestras tierras el torrente de sus gracias, sus luces, sus bendiciones: para obligaros; permitidme hable así según la expresión del grande Agustino, á llamar al triste lastimoso estado en que os hallabais, como la Santa Iglesia al pecado de Adán. *Ó felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere redemptorem!* Cuando no buscabais á esa tierna Madre, ella misma se os hizo presente y os convidó (1): no fuisteis vosotros quienes la elegisteis, ella os escogió, para que alcanzaseis cuanto pidierais por sus respetos, del Todopoderoso (2), que os aseguró en ella la prenda mas cierta de sus beneficios: *Et vigilia sua perficiet opus.* Estoy ya dentro del asunto de mi

SEGUNDA PARTE.

Desde el instante felicísimo en que Maria fué elevada á la alta dignidad de Madre de todo un Dios, comenzó tambien á serlo de todos los hijos de Adán, con tal plenitud que nada reciben estos que no sea por su mediación. De aquí

(1) Isai. cap. 65. v. 1.

(2) Ioan. cap. 15. v. 16.

la Iglesia Santa, los padres, doctores y teólogos han empeñado sus plumas, aunque sin poder jamás tocar lo excelso de su verdadero grado, respecto á que no habiendo recibido aquella, desnuda en solo su ser físico, sino elevada y conjunta con las gracias y prerogativas conducentes, así en su existencia, como en la excelencia de su modo é intension, excede á los alcances del humano discurso. Por lo que, después de haber dicho unos con Arnaldo: que la gloria del Hijo no tan le parecia comun con la de la Madre, quanto una misma (1): otros con Alberto Magno; que la Santísima Virgen no podia aproximarse mas á Dios sin hacerse uno con él (2): otros con el Padre San Agustín; que ella es única esperanza de pecadores y justos; de los primeros para el perdón, de los segundos para el premio (3): mi doctor seráfico; que, porque el Señor es poderosísimo con Maria, Maria es poderosísima con él, por él y para con él (4): San Pedro Damiano; que se presenta ante el soberano altar de la reconciliación, no rogando, sí mandando; como Señora, no como

(1) Tract. de Laid. Mar.

(3) Serm. de Anunt.

(2) Tract. de Land. Virg.

(4) In Specul. Mar. cap. 8.

Sierva (1): San Bernardo; que así es la voluntad del Altísimo, que todo lo recibimos por Maria (2): despues repito, de emplear todos sus esfuerzos, concluyen confesando; que ignoran, que no alcanzan como dignamente elogiarla: *quibus te laudibus efferam nescio.*

Mas todo esto, con respecto á vosotros, es poco decir: os hallais superiores á la ley comun; y al hablaros de vuestra Guadalupana debe prescindirse del valimiento, proteccion y poder de la Reyna de los Cielos á favor de los miserables hijos de Eva. Los habitantes de la Nueva España tienen un derecho de posesion inconcuso, que los distingue entre los demás, á aquellas sublimes prerogativas, y en la misma Señora que las posee. La Divina Providencia, que por un efecto raro de predileccion quiso darosla, lo hizo, asegurandolos en ella de un modo singular, la prenda mas cierta de sus beneficios: *et vigilia sua perficiet opus.*

Sabido es el teatro melancólico que presentaba el reyno en la época en que esa gloriosa Virgen se dignó visitarlos. Humeaba aun la sangre de los bárbaros é inhumanos sacrificios;

(1) Serm. de Nativit. Mar.

(2) Serm. de Nativit. Virg.

los ídolos habian mudado lugar; pero no destrádose: los templos consagrados á sus manes en la capital, se miraban desiertos; pero el eco de sus cultos resonaba en las cañadas y barrancas: sus labios no se uniformaban con sus corazones; aquellos principiaban á pronunciar el nombre del verdadero Dios, y estos suspiraban por la pluralidad que tantos años habia sido el blanco de sus antiguos ritos y ceremonias; los ojos tocaban la luz; pero densas tinieblas rodeaban todavia sus espíritus. En pocas palabras, para no funestizar mastiempo vuestros ánimos, diré como San Pablo: se hallaban insensatos, incrédulos, errantes, ciegos en los caminos de la verdad; esclavizados en una infinidad de pasiones y sensualidades, en una vida toda llena de malignidad, de envidia y odiable (1). Tal es el diseño de lo que en grande sucedia cuando se dejó ver en Tepeyacac la benignidad de la Madre de Nuestro Salvador.

No niego que algunos años antes habian dejádose ver los albores del hermoso Sol de justicia: que habia amanecido el gran dia de la gracia: que los herederos del zelo de mi será-

(1) Ad Tit. cap. 3. v. 3.

fico Padre, renunciando la quietud y retiro de sus celdas, la satisfactoria compañía de sus hermanos, rompiendo vínculos de carne y sangre, en cuanto podían disfrutarlos, se habían prestado á surcar unos mares apenas conocidos, animados acaso de un interior impulso semejante al que excitó al Apóstol: *Transiens in Macedoniam adjuva nos* (1); y que puestos entre sus nuevos hijos empleaban, como aquel, los signos todos de su apostolado, con la mayor paciencia, prodigios y virtudes, sin buscar otra cosa que sus almas, sacrificando gustosísimos por ellas cuanto eran y podían (2). Predicaban, instruían, catequizaban, sembraban de todos modos la divina doctrina; pero semejante á la parábola de San Marcos (3), una parte caía cerca del camino de la idolatría: otra sobre lo pedregoso del gentilismo: otra entre las espinas de la superstición, y otra en buena tierra. Fructificaba esta, es verdad, mas con unos pasos tan lentos cuales permitía su actual situación. Era necesario desterrar una religion heredada de sus padres y abuelos, con unas ceremonias tan aná-

(1) Act. cap. 16. v. 9.

(3) Cap. 4. v. 3.

(2) 2 ad Cor. cap. 12. v. 12 15.

logas á su carácter: destruir magníficos templos, demoler altares, despedazar dioses en quienes tenían depositada toda su fe. ¡De cuántos siglos no era obra esto, y en un continente tan vasto! Respondan los venerables ministros del santuario, que tienen experiencia, del que se consume en fundar y arreglar una misión viva, catequizar un nuevo pueblo, instruir una sola familia.

¡Bendita sea: muchas, infinitas veces sea glorificada la Divina Providencia! que cuando estos desgraciados habitantes se hallaban muertos por sus errores, ignorancias é infidelidades, Dios, que es rico en sus misericordias, por la extrema caridad con que los amó, les dió la Madre de la Vida eterna, para manifestar á los siglos venideros las riquezas sobreabundantes de su gracia (1): no por las obras de justicia que halló en ellos, sino por su gran misericordia los hizo salvos (2). Sí, envidiable Nueva España: apenas consagra con sus purísimas plantas tu suelo este objeto tierno del amor divino, cuando, á imitación del Unigénito, manifiesta es su

(1) Ad Ephes. cap. 2. v. 7.

(2) Ad Tit. cap. 3. v. 5.

venida para darte vida y vida abundante (1): para ser una prenda segura de los beneficios del Todopoderoso. Se trataba de propagar la grande obra de la redencion en tus hijos, y esta es una de sus principales funciones, como dijo Guillermo Parisiense: *Singulariter electa ad ministerium Redemptionis* (2). No se desaparecen mas breve las sombras de la obscura noche al presentarse la clara luz del dia, como huyeron aquellas con que te tenia cubierta su príncipe, al parecer la refulgente Estrella de la mañana Maria de Guadalupe sobre tu horizonte.

Vosotros lo sabeis: todo se trastorna, todo muda de aspecto. Los que no tenían parte en Jesucristo, que se hallaban separados de la sociedad de Israel, extrangeros en las alianzas divinas, y casi sin esperanza en los bienes prometidos, se unieron al Salvador, se hicieron sus miembros por el bautismo, con una rapidéz increíble; y los que estaban distantes de Dios se aproximaron á él (3), con la presencia de su Hija, de su Esposa, de su Madre, que quiso con-

(1) Joan. cap. 10. v. 10.

(2) In Cant.

(3) Ad Ephes. cap. 2. v. 12. 13.

cederles para asegurar en ella y por ella todos sus bienes. Fué el Iris de la religiosa paz, haciendo á semejanza de su Divino Hijo del judío y el gentil, del español y americano, un solo pueblo, abolidas las leyes gentílicas por la doctrina del evangelio (1). Los que eran en otro tiempo las tinieblas mismas por la idolatria, luego se vieron convertidos en luz, y luz en el Señor (2), por la fe que con ansia se daban priesa á abrazar. ¿Y los ídolos? fueron destruidos. ¿Y sus templos? convertidos en casas del Dios vivo. ¿Y sus cruentos monstruosos sacrificios? cedieron á los incruentos, dignos del Eterno Padre. ¿Y sus cultos, ritos y ceremonias? sepultados en el desprecio y abominacion con el númen negro á quien los rendian.

Por todas partes se ven tropas de adoradores, que poseidos del asombro y admiracion, mutuamente se convidan para ir á ver la maravillosa Huéspedada que ha venido á visitarlos y ofrecerle sus pobres doncellas, con el mas sabroso, de sus corazones: en los que, al ponerse en su presencia, sentirian efectos inexplicables con voces, por ser muy superior el dialecto de

(1) Ad Ephes. cap. 2. v. 14. 15. (2) Ad Ephes. cap. 5. v. 8.

la gracia. Sentirian sin duda, entre otras cosas, en sus almas que con suave dulzura los convidaba, mejor que Isaias. Todos los sedientos venid á las aguas, y los pobrecillos que no teneis dinero, daos priesa: venid y comed de este manjar que no se vende por plata (1). Venid á mí todos los que trabajais y os hallais oprimidos, que yo os aliviare, os confortare y consolare (2), que la providencia de mi Hijo me ha puesto entre vosotros, para que sea una prenda segura de sus misericordias y favores. Decid á los pusilánimes: que se animen y no teman: que los ciegos cobrarán vista, los sordos oído, los cojos saltarán como el ciervo, se desentorpecerá la lengua á los mudos; y las cavernas donde antes habitaban dragones, serán hermoseedas, con el verdor de las cañas y los juncos. Habrá una vereda y camino que se llamará, Camino Santo; el impuro no transitará por él; mas para vosotros será recto, y los estultos segun el mundo, no se extraviarán. Los que oyeren mi Voz y la guardaren serán trasladados á la Sion Santa con gozo, y coronados de ale-

(1) Cap. 55. v. 1.

(2) Matth. cap. 11. v. 28.

gría eterna, sin que el dolor ni gemido perturben sus contentos (1).

¿No se ha experimentado asi, Señores? El mundo entero lo sabe, vosotros no podeis ignorarlo, los niños lo cantan: todos confesamos; que Nuestra Madre y Señora de Guadalupe ha sido un tesoro de gracias y luces, por quien la Santísima Trinidad ha sido adorada, la Cruz de Jesucristo exáltada, los enemigos de nuestras almas precipitados, los gentiles conducidos al camino de la verdad, y los hombres salvos, como enseñaba San Cirilo Alejandrino (2): que esa dispensadora de las riquezas del Omnipotente, en el seno de la gloria que nuestros sentidos no pueden representarse, ni nuestra imaginacion comprender; abismada en la contemplacion perpetua de su Dios, llena de todos los dones que una criatura es capaz de disfrutar, vela sin interrupcion, desde su afortunada venida á Tepeyacac para conservarnos, por medio de su Soberana Imágen, una continua é inmediata comunicacion entre el cielo y la tierra. ¡Cuántas bendiciones, no ha alcanzádonos á todos desde aquel dichosísimo momento, ya li-

(1) Isai. cap. 35. v. 4. usque ad 10. (2) Homil. Cant. Nestor.